



"Nuestro mundo", Año XXX N° 1555 9 noviembre 1923

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo IV

# La estrella y la ola

LEYENDO un ensayo de Mr. Cyril Bailey, del Balliol College, de Oxford, sobre la religión y la filosofía romanas, tropezamos con este pasaje: «El romano no era naturalmente un filósofo. En los primeros días de su historia Roma estaba, sin duda, demasiado comprometida en la tarea práctica de asegurar su posición contra sus rivales para tener mucho tiempo de reflexionar; pero las verdaderas causas son más hondas que circunstancias externas. El romano era un hombre de acción y de negocios: podía pensar profundamente el próximo paso, pero no se preguntó á menudo respecto al fin último ó á la naturaleza que le rodeaba.» Pasaje en que Mr. Bailey nos da una versión del hombre de acción presentándonoslo como el que piensa el próximo paso, el mañana; pero no el pasado mañana y menos el remoto futuro.

Esta definición del hombre de acción, de donde resulta que no lo era Oliverio Cromwell, tan preocupado del fin último (*ultimate goal*) y hasta del destino humano de ultratumba, nos recordó al punto lo que otro pensador de la historia, Alberto Sorel, en la Cuarta Parte de su ya clásica obra *Europa y la Revolución Francesa*, nos dice (libro I, cap. I, § II) de Catalina II de Rusia, la varonil—mejor hombruna—zarina, y es que á sus sesenta y tantos años piensa en la muerte, y añade Sorel: «El más allá de la vida, más terrible todavía á los políticos que han vivido de la gloria, no han contado más que con la fuerza y tiemblan entre una nada en que su orgullo se abisma y una justicia eterna ante la cual no cuenta su fuerza.» Y recordamos también lo que el mismo Sorel nos dice de Robespierre: «Un hipocondríaco obsesionado por alucinaciones de la muerte.»

¿Será hombre de acción, como da á entender Mr. Bailey, el que sólo piensa en el próximo paso y no en el último? ¿Qué es eso de hombre de acción? ¿Habrá que oponerlo no ya al hombre de pasión, sino al filósofo? Y el filósofo, ¿no es el hombre de la pasión crítica?

El filósofo por excelencia, el que parece que inventó el término de filósofo, amante del saber, evitando el de sabio, fué Sócrates, el maestro de la ironía y de la crítica. La pasión de Sócrates, es decir, su proceso ante el tribunal, su condena, su muerte, esa pasión que tantas veces se ha comparado á la Pasión y Muerte de Jesús, el Cristo, ¿no fué acción? Drama quiere decir acción, dramático activo, y no hay drama como el de la Pasión del Cristo. ¿Y quién negará acción al final de la vida y muerte de Sócrates tal como se nos narra en el final del *Fedón*, el más dramático, el más activo de los diálogos platónicos? Lo que no es este final es ni sensacional ni cinematográfico. Y de haber

habido fotografía en la Atenas de fin del siglo IV antes de Cristo, no creemos que Sócrates y sus compañeros de escena, Cebes, Critón, Simias, Apolodoro, Hermógenes y Esquines y los otros se hubieran prestado á *posar* un momento, con ó sin magnesio, delante del objetivo. Como veinte siglos y medio más tarde no se habría prestado Oliverio Cromwell, si hubiese estado ya en función el *kodak*, á que el 20 de Abril de 1653 le hubiesen sacado una instantánea cuando decía al Parlamento: «No sois Parlamento; digo que no sois Parlamento. Algunos de vosotros son borrachos; otros vivís en franco desprecio de los Mandamientos de Dios...» Y acabó con aquellas memorables palabras: «En el nombre de Dios, largo de aquí!»; «En el nombre de Dios! Este hombre... ¿de acción?, este hombre de pasión se había preguntado muchas veces cuál es el fin último y cuál la naturaleza—y la sobrenaturaleza—que le rodeaba. Y este hombre que hablaba en el nombre de Dios no era un fetichista, ni menos un político á lo Enrique IV de Francia, el bearnés, el Borbón, que decía que París bien valía una misa. No. Cromwell no puso la Biblia sobre su cabeza para llegar á ser Protector de su patria, sino que llegó á serlo porque la había puesto. Las misas de Enrique IV son para los hombres de negocios que no piensan más que en el próximo paso que han de dar. Y á la vez en la gloria. O mejor en el renombre.

¿Que gloria y renombre no son lo mismo? Sin duda. Pero hay aquello de aquel opositor á escuelas de primera enseñanza que interpretando lo del Catecismo de que Dios hizo el mundo para su gloria, dijo que lo había creado para hacerse célebre. Y es extraño que no dijo que para darse importancia. O para que hablaran los periódicos de él.

Cuando trabajaba para mi novela histórica *Paz en la guerra*, recuerdo lo que me impresionó aquello de Prim—y lo repetí—de que había que «destruir en medio del estruendo los obstáculos». Lo dijo—mejor: lo escribí—segunda vez en su proclama del 18 de Septiembre de 1868. ¡Estruendoso hombre de acción—y de pasión—aque! Prim! ¡Meter ruido! ¡Meter ruido! *Fem du brut!*, que decían los tarasconenses. La acción para Prim tenía que ser estruendosa. La pasión puede ser silenciosa.

Y para acabar este errabundo y zigzagueante comentario crítico sobre la acción y la pasión, y el estruendo y el silencio, y sobre la cromwellada y la de Prim, recordemos los dos versos de Salvador Díaz Mirón, el poeta mejicano:

*Era como el silencio de una estrella por encima del ruido de una ola.*

Poned por silencio, pasión, y por ruido, acción.

# Comentario de Miguel de Unamuno

